



UN VISTAZO A LA EXPOSICIÓN

LA primera vez que penetré en el recinto de la Exposición por la parte del Trocadero, me detuve algunos minutos en medio del puente de Jena buscando algo que sirviera de punto de comparación para que mis futuros lectores pudieran formarse idea exacta del espectáculo, y me vino á la imaginación la idea de comparar la sensación que se experimenta al penetrar allí con la que se experimentaría al llegar á una gran plaza donde tocasen, á un lado las orquestas de la Gran Ópera y de la Opera Cómica, al lado opuesto las músicas de diez regimientos, y en el centro todos los instrumentos conocidos, desde el piano más moderno al cuerno y al tamboril de los salvajes, acompañados por los agudos trinos de mil sopranos de los cafés cantantes, por la explosión de muchos petardos y por el ruido lejano del cañón.

La comparación no será digna de una *Anthología*, pero da una idea aproximada del objeto, pues al llegar al puente de Jena se siente imperiosa necesidad de cerrar los ojos, como habría necesidad de taparse los oídos en la plaza que he supuesto. Queda uno maravillado y disgustado, confuso y distraído: ¿qué sé yo?... Nos preguntamos á nosotros mismos si debemos aplaudir ó encogernos de hombros, y si debemos admirarlo todo ó encontrarlo malo; nos hallamos en uno de esos momentos de incertidumbre que terminan generalmente, tras larga meditación, por encender un cigarro.

Figuráos, á un lado, sobre una altura, la enorme paradoja arquitectónica del palacio del Trocadero, con una cúpula más grande que la de San Pedro en Roma, flanqueada por dos torres que parecen campanarios, minaretes ó faros, con su enorme vientre y dos largas alas, con sus cien columnas griegas, sus pabellones moriscos y sus arcadas bizantinas, con colores y adornos como un palacio indio, de donde se precipita un torrente de agua, en medio de un círculo de estatuas doradas; un arco de anfiteatro inmenso que domina todas las alturas circunvecinas.

En la parte opuesta, á gran distancia, figuráos otro edificio desmesurado, construido de hierro y vidrio pintado, pulido, dorado, empavesado y brillante, con sus tres grandes pabellones transparentes, sus colosales estatuas y sus sesenta puertas, majestuoso como el palacio de un rey y ligero como inmensa tienda levantada por pueblo nómada: y, por último, figuráos entre estos dos enormes edificios teatrales el gran río y el gran puente, y á derecha é izquierda del río, un laberinto indescriptible de jardines, rocas, lagos, bajadas y subidas, grutas, aquariums, fuentes, escaleras y calles adornadas de estatuas. Esto es un mundo en miniatura, una colina y un llano donde han dejado alguna fruslería todos los pueblos de la tierra, un bazar internacional lleno de tiendas y de cafés asiáticos y africanos, de pequeñas quintas, de museos y de fábricas, entre cuyos edificios levanta sus blancos minaretes y sus cúpulas verdes una casita de recreo berberisca, y los techos chinos, los kioskos de Siam, los terrados persas, los bazares de Egipto y de Marruecos, é innumerables edificios de mármol, de piedra, de madera, de cristal y de hierro, de todos países, formas y colores,

surgen á la par, formando un modelo en pequeño de una población cosmopolita, construida á modo de ensayo en un jardín botánico, para ser ejecutado después en grande escala.

Figuráos este espectáculo y la extraña población de guardas y mercaderes que lo anima; todas estas caras ambiguas, estos árabes parisienses, este orientalismo mal disfrazado, esta África de comparsas, esta Asia de cosmorama, toda esta barbarie limpia, pulimentada y puesta á la vista con una condecoración roja al cuello, y esta insaciable turba de curiosos que vagan lentamente con fatigoso andar y ojos lánguidos, mirando á todos lados sin fijarse en ninguno... ¿Qué os parece? Que aquí no falta más que el teatro Guignol. Esto es un gran pueblecillo, el Broek de Holanda, más hermoso y más variado que aquél; una bella enciclopedia en acción para los estudiantes aplicados, y un espectáculo único en el mundo que encanta, y ante el cual se le ocurre á uno preguntar si se van á vender todos aquellos juguetes antes que el año de 1879 los barra á todos.

*
* * *

Al penetrar en el vestibulo del palacio del Campo de Marte se experimenta un vivo sentimiento de admiración. Parece que se entra en la nave de inmensa catedral centelleante de oro é inundada de luz. Este vestibulo es una tercera parte más ancho que la gran nave de San Pedro, y tan alto que el arco de la Estrella podría cobijarse bajo sus bóvedas sin inclinar la cerviz.

Aquí comienza á oirse el sordo murmullo de la multitud, que parece el de una ciudad en día de fiesta. El público se agolpa alrededor de la estatua ecuestre de Carlomagno, delante del templete clásico de Sévres, al pie del alto trofeo del Canadá, que se levanta en la extremidad del vestibulo como una antigua torre de sitio; y una doble procesión de gentes sube y baja las escaleras del pequeño palacio indio, sostenido por cien pequeñas columnas y coronado por diez cúpulas, donde es absolutamente preciso penetrar para convencerse de que allí no hay un nido de princesitas indias que robar.

Un grupo de curiosos fascinados rodea el joyero donde están los diamantes de la corona de Inglaterra, entre los que descue-

lla el famoso *Kandevassy*, de valor de tres millones de pesetas, ardiente y pérfido como la pupila de una hada que abrasa el corazón al mismo tiempo que condena el alma.

Y, sin embargo, todo esto queda eclipsado ante los fabulosos tesoros de las Indias, montañas de armas, de vasos, monturas, tapices, *narghilés*, resplandecientes de oro, plata y piedras preciosas, que hacen traer á la memoria aquellas reinas insensatas de los cuentos árabes, cuyos caprichos insaciables cansaban las omnipotentes varitas de los genios.

Y en verdad, cuando se piensa que todas aquellas riquezas son dones *espontáneos* de príncipes y pueblos... lo creemos sin género de duda; pero los ojos se vuelven involuntariamente á la estatua ecuestre del príncipe de Gales, á cuyos pies creemos ver á los *generosos donantes* despojados y cargados de cadenas, y algunos se preguntan si en toda la porción del vestibulo comprendida entre el palacio indio y la estatua del príncipe, cabrían bien colocados y ocupando desde el piso á la bóveda, sin dejar entre sí ningún hueco, la mitad de los esqueletos de las personas que en la última

hambre de las Indias perecieron heridas por el terrible azote.

*
* *

Después de haber echado una ojeada al vestibulo, dirigi la vista movido de viva curiosidad á la calle de las Naciones.

Es cierto que tiene algo de decoración de teatro, pero es hermosa; es una graciosa mescolanza combinada ingeniosamente por veinte pueblos; un pequeño mundo visto en minima escala, es la calle de una gran ciudad del porvenir cuando llegue la época de fraternidad universal y la idea de las patrias haya desaparecido. A primera vista, no parece más que una brillante excentricidad y hace creer que el mundo tuvo un cuarto de hora de broma. Toda la línea tan caprichosamente cortada por los techos agudos de las torres góticas, kioskos y campanarios de agujas y pirámides, esta fuga de fachadas de vivos colores resplandecientes de mosaicos y de dorados adornadas de armaduras, decoradas por esculturas y coronadas de banderas; que tienen su ingreso adornado por columnatas ó pequeños pórticos y adelantan sus azoteas

con balaustres, sus balcones de vidrios, sus galerías aéreas y sus escalinatas por entre floridos jardines y bulliciosas fuentes; esta sucesión de pequeñas quintas, de palacios, de claustros y residencias reales, cuya nacionalidad y cuyo estilo no se reconocen al pronto, no despiertan por el momento sino un sentimiento de agradable confusión, como el alegre tumulto de una fiesta.

Mas cuando se ha fijado la atención en los edificios, el espectáculo cambia de significación.

Entonces, de cada fachada surge una idea, expresión de un sentimiento diferente de la vida, como un soplo de viento propio de otro cielo y de otro clima, que murmura nombres de soberanos y de poetas, y trae en sus alas el sonido de lejanas armonías, llenas de recuerdos y pensamientos. Estos hermosos edificios, mudos y sin vida, producen una impresión extraña. Diríase que alguna cosa se prepara en su interior, y que á la primera campanada de las doce deben aparecer de una vez en todas las puertas y en todas las ventanas, y recorrer á lo largo las balaustradas, como si salieran de un reloj, señores ingleses y burgomaestres flamencos, frailes jerónimos portugueses y

bonzos del Elefante blanco, mandarines y sultanes, atenienses del tiempo de Pericles y damas italianas del siglo XIV, que volverán á ocultarse á la duodécima campanada, después de hacer sus reverencias automáticas.

Esta calle es muy larga, tanto, que colocándose en el centro de ella, apenas se distinguen vagamente la fachada roja y blanca de los Países Bajos y el rico pórtico de la iglesia de Portugal, cerca de la cual los pequeños Estados asiáticos y africanos agrupan sus extravagantes arquitecturas, dominadas por el altivo y elegante edificio de la América del Sur. Más allá domina el palacio belga, severo y magnífico, con sus hermosas columnas de mármol oscuro y los capiteles dorados; y entre la aristocrática Bélgica y la mediatubunda Dinamarca, se desliza tímidamente como una prisionera la blanca y graciosa Grecia. Algunas fachadas parecen tener sentido político. La Suiza levanta bruscamente su enorme techo bernés, con una especie de orgullo democrático, al lado de la masa amarillenta de la Santa Rusia, que afecta el amenazador orgullo de un castillo imperial. Entre el largo pórtico austriaco y la fantástica

fachada de la China, se levanta el edificio de España, dorado y cubierto de arabescos de los califas; y á continuación de las dos pequeñas, sencillas y melancólicas habitaciones de la Escandinavia, las arcadas teatrales de Italia hacen un extaño efecto puestas de relieve por las colgaduras de color de púrpura. Después se presenta de improviso la fachada rústica del Japón con sus grandes cartas geográficas, llenas de pedantestas pretensiones, y más cerca de la entrada se ve á los Estados Unidos que han desdeñado tomar parte en el concurso, contentándose con exponer sus cincuenta escudos republicanos en el frente de una casa blanca, cerca de la cual se distinguen los cinco graciosos edificios de Inglaterra.

Multitud de extranjeros que van y vienen con la cara vuelta al mismo lado, buscando con curiosidad la imagen de su patria, que saludan con una sonrisa, dan á esta extraña calle cierto tinte de amable alegría y un aspecto de paz y cortesía que engendra deseos de distribuir apretones de manos á todos los presentes y fundar un periódico semanal para defender el desarrollo de Europa.

*
* *

Inmediatamente entré en el inmenso palacio ocupado por las instalaciones extranjeras, y me encontré en medio del magnífico desorden de la Exposición de Inglaterra. Allí, la primera tentación que os asalta es la de volver la espalda y marcharos á vuestra casa. El primer día se pasa por entre todas estas maravillas inglesas con la indiferencia de un niño del limbo y se vaga durante algún tiempo en medio de puros cristales, de maravillas de la cerámica, de alhajas, de muebles y objetos de arte, debidos á la inspiración de todos los tiempos y de todos los pueblos, frutos del talento y la paciencia, que reúnen las condiciones de belleza y utilidad y denotan lo severo del lujo de esta aristocracia opulenta y fiel á sus tradiciones, y las observaciones de un pueblo extendido por toda la tierra.

Siéntese en este lugar el aliento de las grandes fábricas de Manchester; un poco más adelante se vive un momento en una quinta de las orillas del Támesis, y más lejos se respira la íntima y pacífica poesía del modesto *home* que espera al lejano navegante. Pasamos por entre las grandes algas marinas del Cabo de Buena Esperanza.

za, entre los kanguros y los eucalyptus de Victoria y Nueva Gales, los minerales de Queensland y las extravagantes joyas de la Australia del Sur; en medio de una exposición interminable de la flora, la fauna y las costumbres de todas las colonias de este inmenso reino. Antes de haberlo visto todo, hemos dado cien veces la vuelta al mundo con el pensamiento y nos hemos fatigado en grande.

Pero la cabeza se refresca cuando se cambia de sección, pues cien pasos más allá hay otro mundo que ofrece un espectáculo completamente nuevo.

Por todas partes se ven camas de operaciones quirúrgicas, que se arman y se desarman; sillas que parecen dotadas de vida, según se ensanchan y se contraen, y que sirven para las operaciones de la vista; mesas anatómicas, un arsenal de instrumentos amenazadores y feroces, cuyo brillo y crugidos dan frío en los huesos y evitan el tener que preguntar dónde se encuentra uno.

La plata maciza, las enormes masas del mismo metal, los relojes de los mineros de California, los trofeos de hachas de Boston, el papel moneda, los aparatos eléctricos,

las vidrieras erizadas de hierro y las ametralladoras formidables; cierto orgullo rudo y poderoso, propio de las cosas útiles, anuncia la Exposición de los Estados Unidos. Se duda si entristece ó alegra la ruidosa música de pianos, órganos y harmoniums que secunda admirablemente las divagaciones de la imaginación errante por entre los mil objetos que recuerdan las luchas y los infinitos trabajos de los colonos en las soledades del Nuevo Mundo.

Pero bien pronto desvanece otro espectáculo esta violenta impresión. La rica escultura de la madera anuncia al país de los grandes bosques, y multitud de recuerdos traen á la memoria la dulce tristeza de los hermosos lagos, circundados de montañas, sembradas de pinos y blanqueadas por la nieve. En medio de los productos de las minas de Falun y de los montones de níquel se levantan trofeos de peletería rodeados de cabezas de osos, de nutrias y castores; estufas colosales, negras pirámides de panzudas botellas, patines, cordaje, grandes montones de fósforos de Suecia, á los que suceden obras de cerámica, en que brilla un pálido reflejo de los mares boreales, y los mil objetos esculpidos por los aldeanos

noruegos en las interminables veladas de las noches de invierno. Todo esto presenta un aspecto de tristeza que apenas alcanza á alegrar la argentina blancura de las filigranas de Cristiania, como un pedazo azul en un cielo cargado de nubes.

Al salir de las salas escandinavas, la luz aumenta poco á poco, y á las brumas boreales sucede el anchuroso y sereno cielo de primavera; un pueblo de blancas estatuas, el brillo de aquellos cristales, aquel esplendor de sederías y mosaicos y aquella hermosura de colores y de formas, ante lo cual todos los corazones se ensanchan, hace brotar de todos los labios la exclamación de:—¡Italia!—antes que los ojos hayan podido leer el nombre. Es un verdadero golpe de efecto teatral, después del que se goza de otro no menos maravilloso. Franquead el dintel de la puerta; habéis navegado dos meses y os encontráis en otro hemisferio. Estáis en presencia de un ideal artístico, completamente nuevo, que destruye y cambia violentamente todas las impresiones que llevabais en el alma; veis alrededor caras exóticas, objetos extraños, inesperadas combinaciones de colores, productos extravagantes de industrias enig-

máticas que exhalan perfumes desconocidos, y poco á poco despiertan, además de la curiosidad, cierta admiración acrecentada por no sé qué simpatía natural é íntima.

Es el Japón, la Francia de Asia, este país que expone sus vasos colosales con pinturas sobre fondo de oro, sus muebles de porcelana, sus cuadros de seda recamados de pájaros y de flores bordadas, sus esculturas de marfil, sus lacas y sus bronces, y mil pequeñas maravillas sin nombre, todo lo cual lleva el sello de la desesperante perfección en los detalles, de la aristocrática finura de colores y de la graciosa ingenuidad de imaginación femenina que constituyen el carácter particular del arte japonés.

El Japón sirve de preparación á la China; pero, de todos modos, existe entre ambos países honda diferencia. Al tumulto sustituye la armonía de los colores; lo gracioso, á lo grotesco; lo concluido, á lo atormentado; la variedad, á la confusión; el capricho, á la locura. La primera ojeada ofende la vista. En medio de muebles de mil formas desconocidas, contruidos de palo de rosa ó palo hierro, incrustados de

marfil y nácar y cincelados con paciencia prodigiosa, se destacan baldaquinos purpúreos, biombos en que están pintados jardines misteriosos, pantallas en que hay mariposas bordadas de plata y pájaros bordados de oro, pagodas de siete pisos cubiertas de quimeras y de monstruos, y kioskos de techos recortados, de cuyas bóvedas penden enormes linternas fantásticas; semejantes á pequeños templos aéreos de oro y de coral. Sus paredes están cubiertas de grandes estandartes de seda amarilla, adornados con caracteres cabalísticos de terciopelo negro; y en el suelo se encuentran las sillas de mano que usan las señoras, los botones de cristal de los mandarines, las chinelas curvas, las pipas de opio, los palillos de comer arroz, instrumentos de música extravagantes y representaciones de la vida china de todas clases y de todas las épocas, que contienen cien curiosidades, despiertan mil y concluyen por trastornar la cabeza.

¡Ah, cómo descansan los ojos y el espíritu al pasar la puerta roja de Pekin! Parece que volvemos al propio país en medio de nuestros hermanos y amigos.

Sevilla canta; Granada sonríe; Barce-

lona trabaja. Reconozco á primera vista mis amores de veinticinco años. Veo la guitarra de Figaro, los puñales de Toledo, las mantillas insidiosas, los calamitosos zapatitos, los abanicos que hablan, los lindos bustos que nos dejan trastornados, las pintorescas telas de Cataluña y Andalucía y los vasos moriscos y las vestiduras de seda de los antiguos conventos, y los esbeltos soldados de Espartero y de Prim, que lucen sus graciosos uniformes ideados por el general Ros en medio de los cañones que destruyeran el tercer ejército de D. Carlos.

Pero esta es una visión fugitiva. Pasan los Pirineos y los Alpes, y un confuso centelleo de cristales que lleva consigo el brillo de todos los metales y todas las perlas, anuncia la Bohemia.

Se avanza por entre la exposición magnífica de la relojería de Viena y los ricos muebles del gusto de la Edad Media y de la Edad Moderna unidos con delicadeza, á través de un museo de pipas magníficas, en medio de montones de jabón del Danubio, en forma de panes y de frutas, entre el vidrio hilado y los productos de las minas de Hungría que muestran la novedad preciosa de su ópalo negro... y después, cuando

avanzamos, se nos ocurre preguntar: ¿estamos en el extremo Norte ó en el extremo Oriente?

Las dos cosas pueden creerse. Vemos dos espectáculos en uno. A un lado están las piedras preciosas de la Siberia; los grandes bloques de malaquita del Ural, los osos blancos y los zorros azules, las inmensas estufas, los paños rojos de Moscow, mil escenas de la íntima y grave vida de Rusia, y ensayos ingeniosos de nuevos métodos de enseñanza que revelan una civilización floreciente; en otra parte, los trajes esplendurosos de los bandidos del Cáucaso, los puñales y las joyas bárbaras, un reflejo del cielo de Tartaria y un rayo del sol de Persia; y después la platería y la cerámica de estilo bizantino, entre la cual brillan las grandes placas del mosaico con fondo de oro, nueva gloria de Moscow, una Exposición variada y tumultuosa, que lleva el pensamiento á saltos, de un objeto á otro, desde las orillas del Vistula á la muralla de la China, y nos deja casi consternados ante la imagen de este imperio informe y desmesurado.

De repente, parece que una brisa de la montaña trae en sus alas un vago perfume

de Italia, y se encuentra uno en medio de cosas y colores que le son familiares. Contemplamos la Suiza entera, verde, fresca, nevada, vigorosa, rica y satisfecha.

Ginebra envía sus relojes, Neufchatel sus alhajas, Cheume sus mayólicas, Glaris sus indianas, Zurich sus sedas, Interlaken sus esculturas, Vevey sus cigarros y San-Gall y Appenzel han llenado una gran sala con sus incomparables bordados, ante los que se apiña la maravillada multitud.

Desde este sitio se entreven ya, en las salas vecinas, el arte y la riqueza de un pueblo más adelantado y más opulento. En ellas se ven decorados de habitaciones de príncipes, sillas y sillones de coro prodigiosamente esculpidos, que se reproducen por colosales espejos en medio de los bronces labrados y los pianos, y una cerámica soberbia, que copia las obras maestras de la pintura nacional; los encajes de Malinas llenan con su gracia aérea y aristocrática una sala atestada de damas que lanzan relámpagos por los ojos. Cuelgan de las paredes las tapicerías históricas de Ingelmunter y las preciosas armas de Lieja, no lejos de las esculturas de Spa y de los productos metalúrgicos de Vieille Montagne; después

de cuya contemplación se puede respirar en un gabinete del rey Leopoldo, hecho de roble tallado, que hace desear sinceramente la corona de Bélgica, siquiera una hora cada día.

Inmediatamente viene un curioso contraste: las Exposiciones de dos países enteramente diferentes, que parecen contemplarse estupefactos. Figuráos á un lado las pieles de osos blancos muertos por los marinos dinamarqueses entre los hielos de los mares polares; en el otro, los tapices hechos á mano por hermosas jóvenes morenas, en los pueblos inundados por el sol del Peloponeso; aquí la madera del bosque de Dodona; allí los zuecos de las gruesas paisanas de Fionia; á la derecha los mármoles de las minas del Laurium, que recuerdan las glorias del cincel antiguo; á la izquierda los hilos de los pescadores del mar Báltico, cuya vista hace recordar sus cantos melancólicos; y delante de los objetos encontrados en las excavaciones de los sitios célebres, frente á frente de la poesía, de las ruinas inmortales y de las cenizas gloriosas, las costumbres sencillas y las fiestas patriarcales de un pueblo grave y pacífico, industrial y económico, que ins-

piran amor al trabajo tranquilo y á la vida obscura y recogida.

Más allá de Dinamarca se abre un nuevo horizonte sin límites, ante el cual se detiene el curioso.

Se representan en la imaginación *las pampas* sin límites, los torbellinos de arena, las hordas de caballos, los innumerables rebaños, los caminos desiertos, cuyos lindes son titánicos monumentos de piedra; los inmensos bosques y los valles, sobre los cuales apenas ha lucido la aurora de la vida humana; y en todas partes, detrás de un velo de bruma, las caras monstruosas y estupefactas de los Incas, que escuchan asombrados los gritos de victoria de la civilización que avanza.

Hay allí un laberinto de galerías y salas, que os conduce del Perú al Uruguay, del Uruguay á Venezuela, á Nicaragua, á Méjico, á San Salvador, á Haití y á Bolivia, pasando por entre los muebles de Buenos Aires y los trajes de las limeñas, los sombreros de jipijapa, las telas de pelo de alpaca y los tapices de guanaco; en medio de cañas de azúcar, bambúes, lianas, escamas de cocodrilo, ídolos informes y recuerdos de los primeros conquistadores, hasta que

el cuadro salvaje y grandioso que llena el espíritu de pensamientos solemnes se interrumpe bruscamente para hacer sitio á los alegres colores y á las mil bagatelas infantiles de un bazar musulmán, desde el que se entrevén por entre dos pesadas puertas las paredes misteriosas de un harém.

Ya estamos en Túnez y no saldremos tan pronto de los países privilegiados del sol. Vemos los adornos moriscos del imperio de los jerifes, cerca del cual ostenta la Persia sus tapices reales y sus armas adamasquinadas.

Sigue un pequeño grupo de países casi fabulosos y de cosas indescriptibles que parecen haber sido vistas en sueños; Anam con sus muebles grotescos y sus increíbles abanicos; Bangkok con sus instrumentos de una música de otro mundo, y las monstruosas máscaras de sus autores dramáticos; el Cambodge... ¡feliz aquel que se acuerde del Cambodge!

Después sigue la chocarrería, los Estados pequeños, los enanos de la venta, que se suben unos sobre los hombros de otros en la calle de las Naciones, para aparentar una talla regular; Mónaco que presenta

una mesa, el Luxemburgo bancos de escuela, Andorra sus leyes, y San Marino que exhibe una maquinilla, hacen que la Exposición vuelva un poco á lo ameno.

Pero inmediatamente vuelve á aparecer rica y severa con las arcadas del claustro de Belem y los muros del convento de Batalha, con los modelos de la antigua arquitectura portuguesa que ha sobrevivido al famoso terremoto, con los espléndidos vasos moriscos, las maderas talladas, las hermosas esteras de Lisboa y las figuras de barro pintado que retratan tipos, modas y trajes, y os hacen vivir una hora en la ciudad de Camoens, en la *Rua do Chiado* y en el paseo de *San Pedro de Alcántara*, entre *fidalgos*, marineros, toreros, matones armados hasta los dientes y lindas jóvenes morenas del *barrio alto*.

Por fin, cambia la escena por última vez, penetrando en las brumas del Norte, en medio de un pueblo bien vestido y bien alimentado, que bebe, fuma y trabaja con perfecta tranquilidad de cuerpo y de espíritu; aquí se encuentran sus diques, sus canales, sus cómodas habitaciones, sus mozas bien nutridas, sus mercados y sus escuelas, sus puentes y sus trineos: toda la Holanda

humilde y obscura, donde concluye el mundo, y donde la fatigosa visión se desvanece.

*
* *

Cuando se sale de allí no sentará mal ir, si se puede, á tomar una *ducha* en la casa de baños más próxima y volver en seguida á la «Sección Francesa», que, todo lo más, significa andar unos ocho mil pasos. Tiene como doscientas salas de varios colores y diferente gradación de luz que, en casi todas ellas, es una claridad suave que proporciona descanso á los ojos. Tan pronto creemos estar en un templo como en un museo, en un palacio ó en una academia.

En cuestión de espacio, la Francia tomó para sí la parte del león, pero ha sabido mostrarse digna. Una de las más hermosas exposiciones es la de cristalería, en una vasta sala blanca y azulada que lleva tras sí los ojos. Es un bosque de cristal inundado de luz, un palacio de hielo deslustrado y calado, todo transparente y ligero, en el que brillan los colores de todas las flores y de todas las conchas, y el oro y la plata centellean entre un confuso deslumbramiento de chispas de diamantes y un entre-

cruce de rayos de luz que obligan á cerrar los ojos. Dejo para otros la descripción de las grandes lámparas con sus miriadas de prismas, de los candelabros y los vasos cincelados, de los frascos, de las tazas elegantes de color de cielo, de sangre ó de nieve, de las imitaciones de Murano y de Baccarat y de los famosos vidrios esmaltados de Broccard. Me limitaré tan sólo á expresar mi loca admiración por la milagrosa ligereza de los servicios de mesa de Clichy, que parecen hechos para un banquete de reinas de diez y ocho años, rubias y sutiles, como creaciones de un sueño. ¡Ah! detesto con toda mi alma al panzudo banquero que pondrá estas cosas tan lindas delante de sus gordos amigos de la Bolsa, en la mesa de Nochebuena.

Los más preciados tesoros de la Exposición están casi todos reunidos allí. Dando unos cuantos pasos, se llega al departamento de las joyas, que es un solo estuche enorme, que contiene ocho millones de francos en perlas y diamantes, lleno de extravagantes rarezas y de trabajos de delicadeza admirable, que hacen desear al observador más honrado que le aten las manos.